

El recuerdo de lo vivido

Era un 14 de marzo por la mañana cuando el Gobierno de España decretó el estado de alarma. Luis estaba en su casa cuando le llamaron para un reunión del trabajo. Este joven trabajaba en el PTS de Granada y una vez allí le comentaron la situación que estaba por venir.

Iban pasando los días, en las noticias salía mucha gente que se iba a las segundas residencias de la costa, otra cuanta que quedaba y no respetaba la cuarentena, personas que se manifestaban... Pero lo que esa gente no sabía era lo duro que lo estaban pasando otras personas por salvarlos a ellos. Dentro de esas personas estaba Luis. Cada día veía situaciones más críticas en la que la gente luchaba por seguir adelante, otra se daba por vencida y algunas salían con más facilidad. Llegó el uno de abril y a Luis lo llamaron desde una residencia, había una emergencia en la que un abuelo no conseguía respirar bien. Luis y el conductor trataron de llegar lo antes posible pero al llegar Juan, el abuelo, estaba ya morado por la falta de aire. Rápidamente le hicieron las maniobras y poco a poco volvió a su color. Se lo llevaron al hospital y una vez allí le diagnosticaron neumonía la cual se había visto afectada por el coronavirus. Los otros médicos que le vieron dijeron que si no encontraban una cura para esta enfermedad a Juan le quedaba poco tiempo. A Luis aquello le partió el corazón y decidió llamar a sus familiares para que pasasen con él el poco tiempo que le quedase. Al preguntarle a Juan sobre su familia este le contestó que tenía un hijo con el cual no se hablaba desde hacía catorce años ya, así que era mejor no llamarlo. Luis aceptó tristemente lo que su paciente le dijo y siguió con su turno de médico. Cada día que pasaba Luis estaba más líado con tantos pacientes, casi siempre se pasaba a visitar a Juan por las noches para ver su estado pero ese casi siempre pasó a ser un casi nunca por la falta de tiempo. Con el paso de los días encontró un hueco a la hora del almuerzo para ir a verlo, al final pasó de ser un paciente a un amigo. El tiempo que pasaba con él corría muy rápido y a la hora de despedirse le inundaba una tristeza que no se iba hasta que le volvía a ver. Lo único que le consolaba era recordar todas las magníficas conversaciones que tenía con el abuelo, este le contó el motivo por el que no se hablaba con el hijo, la pérdida de su mujer por culpa de cáncer y todo por lo que había pasado. El médico también le contó que tenía problemas económicos. Luis se sentía muy mal porque después por todo lo que había pasado el abuelo ahora por culpa de un virus se iba a ir todo por la borda. Uno de los días que Luis no pudo ir a visitar a Juan, este llamó a un notario con la finalidad de cambiar su herencia sin que Luis lo supiera. Llegó mediados de abril y en mitad de un turno a Luis le llegó la peor noticia que podía escuchar en ese momento, Juan había fallecido. Pero antes de todo le dijeron que este le había dejado una carta en la que le daba las gracias por todo lo que había hecho por él, por haber sido la persona que le hacía olvidar los malos ratos y reírse un rato, la que le había sacado de la residencia y la que siempre tenía tiempo para escucharle. Luis no sabía como sentirse, en ese momento le inundó una tristeza que no le dejó dormir por varios días. No hacía más que darle vueltas a la cabeza, a lo mejor tenía que haber llamado a su hijo o tenía que haber encontrado más tiempo para pasar con él. Pero llegó a la conclusión de que tenía que seguir adelante y por lo menos Juan ya no sufriría más. Muchas veces se acordaba que el hijo de el abuelo le había abandonado y vendido muchas de sus cosas. Una semana después le llegó una notificación a Luis en la que decía que en su cuenta habían ingresado cien mil euros. En la parte de atrás de la carta ponía que Juan había dado la herencia al médico que le salvó la vida una vez, también ponía que a su hijo le había dejado una pequeña parte porque al fin y al cabo era su hijo. El abuelo era un luchador y encima una buena persona, que más se

podría pedir. Lo que más pena le daba era que después de todo no pudiese tener un entierro digno como se merecía.

Llegaba finales de abril y la situación mejoraba un poco, pasaban de haber mil muertos diarios a más o menos quinientos. En los hospitales habían sufrido mucha falta de material, habían llegado a usar hasta gorros para mascarillas o falta de trajes. La gente seguía protestando y saliendo a la calle mientras que los sanitarios arriesgaban su vida para salvarlos. Además de los sanitarios había muchísimos trabajadores trabajando duramente para que a los demás no nos faltase nada. Mientras tanto Luis se dió cuenta que había menos contaminación donde vivía, que llovía mucho más, se respiraba aire puro...

Después de dos meses en cuarentena se decretó la desescalada, está empezaba el cuatro de mayo pero como era la fase cero no se podía hacer nada. El once de mayo finalmente Luis fue a ver a su madre pero previamente se hizo un test y al descartar que tuviese COVID-19 fue a verla, le recordó mucho a Juan y se dió cuenta de cuánto había que valorar a las personas, algún día nos faltarán y ya si que no podremos estar más con ellos. Le contó toda la historia sobre Juan a su madre y a está se le saltaron las lágrimas. Le dijo a su hijo que mucha de la gente de hoy en día no sabe valorar lo que de verdad es importante, como salir a la calle o ver a tus familiares, incluso tenerlos.

Finalmente Luis conseguía tener tiempo libre porque los ingresados y muertes iban bajando conforme el tiempo pasaba, todavía seguían habiendo casos pero ya no había tantos comparados con los de principios de abril. Un día el hospital recibió una llamada que iba para Luis, el chico estaba un poco extrañado porque normalmente no lo llamaban al trabajo pero al cogerlo recuperó parte de la alegría que había perdido todos estos días. Era Mario, el hijo de Juan. Primero Luis no entendía el motivo de la llamada por todo lo que le había contado el padre de este pero después de las primeras palabras lo entendió todo. Mario estaba muy arrepentido de lo que hizo pero nunca había tenido el valor de pedir perdón a su padre, siempre había sido muy orgulloso y ahora que este había muerto se daba cuenta de lo mucho que le hizo falta. De lo mucho que lo necesitó cuando encontró su primer trabajo o salió de la cárcel de menores, ahora que ya estaba muerto se daba cuenta de todo esto. También llamó para darle las gracias a Luis, por ser ese hijo que él no fue, aunque fuese solo por un mes.

Era ya principios de junio cuando todo empezaba a relajarse, ya no había casi muertos, tampoco contagios, pero lo que sí había era mucha gente que no pudo pasar sus últimos días con sus familiares o amigos, ya era tarde porque esa gente había muerto durante esta dura etapa.

Luis sacó una gran conclusión de todo esto, valorar lo que de verdad importa porque cuando se va te das cuenta de toda la falta que te hace.